

## GRANDEZAS DE MARÍA.

### DISCURSO II.

*Fecit mihi magna qui potens est.*

Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso.

(Luc. I, 49.)

Todas las obras del Altísimo llevan el timbre de su poder, determinadas por los impenetrables consejos de su sabiduría. Este poder, al cual ninguna cosa puede resistir, saca las obras del abismo de la nada, y las pone en el orden de su voluntad; efectos siempre admirables de su liberalidad gratuita, indicando todos la misericordia de Aquel que los ha producido.

Ese carácter de poder, que hemos de reconocer en cuanto sale de las manos del Criador, se manifiesta más ó ménos claramente, segun los designios más ó ménos elevados de la divina Providencia; y el destino de la criatura es la medida de las efusiones de su caridad y el fundamento de la grandeza que en ella se admira.

¿Y quién más que María tuvo nunca derecho á proclamar la magnificencia de los dones del Señor y las maravillas de su gracia? Escogida en los eternos decretos para Madre del que había de renovar la haz del universo y salvar á los hombres; destinada á quebrantar la cabeza de la serpiente, que por medio de la seducción había acarreado la ruina del humano linaje; designada para ejercer el ministerio más glorioso y ocupar el lugar más encumbrado; en una palabra, consagrada á la maternidad divina, ¿podía dejar de conocer la grandeza de su destino, y con la conciencia de esta grandeza, de expresar su agradecimiento al Omnipotente?

Nó, carísimos hermanos: Aquel que es todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes, exclama María; y en la noble sencillez de estas expresiones hallo toda la gloria y grandeza de la Madre de Dios. Todas las fiestas instituidas en honra suya dimanán de lo que en Ella

quiso hacer el Todopoderoso: los privilegios de la concepcion de María, la santidad de su nacimiento, la abnegacion de su corazon en el Templo, la perfeccion de su humildad en el momento en que concibió al Verbo, que había de encarnarse para vivir entre nosotros; su solícita caridad con Isabel, su celosa obediencia al precepto de la ley, la intrepidez de su valor á los piés de la cruz, la oscuridad de su vida, las dulzuras de su muerte, la gloria de su Asuncion; el respeto, el amor y la confianza de los fieles, los templos edificados bajo su advocacion; todas estas maravillas se fundan en la grandeza de las gracias que recibió y de las virtudes que practicó. En estos dos puntos hemos de cimentar su alabanza: María, objeto de admiracion por una parte; y por otra, de enseñanza.

En pocas palabras: María, grande por las mercedes de su Dios, y grande por sus propias virtudes: tal es la division de su alabanza y de este discurso.

Lo que hoy nos proponemos, ¡oh Santísima Virgen! es tu gloria y nuestra enseñanza. Que por tu intercesion penetren en mi corazon las gracias de que fuiste colmada, y se comuniquen á los fieles observantes de tu culto; reconozcan ellos que si Tú recibiste grandes privilegios, supiste merecerlos. A. M.

Si nos halláramos en el caso de adoptar las ideas que el mundo se forma de la grandeza, segun las preocupaciones que las acreditan, ¿qué motivos no encontraríamos en los antepasados de María? Entre sus abuelos encontraríamos patriarcas, reyes, legisladores, héroes, una série no interrumpida de hombres célebres, que harían subir su origen hasta la sangre de David que circulaba por sus venas, y que, antiguamente, había manifestado en la tribu de Judá el esplendor de su poder y el lustre de su autoridad. Mas no había de recibir su grandeza del poder de los reyes sus progenitores, ni de la santidad de los patriarcas de quienes descendía. Ninguna criatura podía contribuir á la gloria de la Madre del Criador. Esta hija de Abrahán es en sí misma la riqueza de sus padres, el ornamento y la gloria de sus abuelos; solo Dios era capaz de grabar en Ella caracteres que la elevasen sobre las demás criaturas, y diesen á conocer al mundo en qué consiste la verdadera grandeza. Por lo tanto, hermanos míos, la dignidad más augusta, los honores más sublimes que pueden caber á una criatura mortal, tales son los fundamentos de la grandeza de María, y tal es el objeto de nuestra admiracion.

El primer carácter de la grandeza de María es la dignidad más

augusta. La misericordia había, por fin, triunfado de la justicia divina armada contra esclavos rebeldes; el Señor, digámoslo así, abandonó sus derechos de juez y de vengador para prevalerse solo de los de padre; habíase ofrecido la víctima que había de cargar con las iniquidades del mundo, y estaba fijado en los eternos decretos el tiempo en que había de tomar la naturaleza humana; el Verbo consustancial al Padre había de encarnarse y vivir entre nosotros, Dios y hombre juntamente. Los profetas le habían anunciado, diciendo, que nacería de una virgen; y necesitaba una madre que justificase á los ojos del universo la realidad de su humillacion y la verdad de su nacimiento. ¡Sabiduría humana! á habésete confiado esa eleccion, ¡qué esperanzas no habrías dado á la sangre de los reyes y príncipes de la tierra! Pero, ¡cuán diferentes son los designios de Dios de los de los hombres! En el nacimiento, en la elevacion y en las riquezas de la tierra ciframos la grandeza, y el Altísimo la saca del seno de la oscuridad y de la indigencia, tomando de una familia pobre é ignorada la criatura á la cual quiere elevar sobre las demás. María obtiene la preferencia, y es elegida para que dé al mundo al que ha de salvarle.

En efecto; ¡qué riquezas en María! ¿A qué eminente dignidad no fué elevada por la augusta cualidad de Madre de Jesús? Superior á los patriarcas que le desearon, á los profetas que le anunciaron, á Juan Bautista que le bautizó, á los apóstoles que fueron los confidentes de los secretos de su corazon, y compartieron con Ella el poder de su Hijo, María, como Madre de Jesús, contrae la union más íntima y gloriosa, no solo con su Hijo, sino con las tres personas de la adorable Trinidad. El Padre, principio y fuente de la divinidad, la cubre con su sombra, y la comunica la fecundidad divina; quiere que esta esposa virgen sea madre de aquel cuyo padre es Él eternamente, y que conciba en el tiempo, con la sumision de su espíritu, á quien Él engendra en todos los siglos con el conocimiento de sus perfecciones. Desciende el Espíritu Santo sobre María, no solo derramando dones y virtudes en su alma, no solo descansando sobre Ella como sobre los apóstoles en el Cenáculo, sino formando del cuerpo de María al que había de cargar con las iniquidades del mundo, y ser la única víctima capaz de aplacar la ira del Altísimo; obra más digna de nuestra gratitud que susceptible de ser apreciada por las luces de nuestro entendimiento. El Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad; ¿qué admirable union no contrae con María, ó mejor, qué lazos íntimos no forma aquí la union íntima de María y Jesús? De la sangre y sustancia de María está formado el cuerpo del Hijo de Dios,

no un cuerpo fantástico y aparente, no un cuerpo bajado del Cielo ó compuesto de una materia celestial, error que el delirio del espíritu humano concibió en otro tiempo, y que la Iglesia anatematizó; sino un cuerpo que por su formacion, como dice el Apóstol, dá á María el derecho de decir de Jesús lo que Adán dijo de su compañera: Estos son huesos de mis huesos y carne de mi carne. Hijo del hombre, toma de mí, Madre suya, su denominacion; ambos somos de una misma carne; su sangre se ha formado de la mía; y es tan verdaderamente hijo mio por su nacimiento temporal, como lo es esencialmente de su Padre por su eterna generacion: *Ecce nunc os de ossibus meis, et caro de carne mea.* ¡Qué honra, qué gloria para María poder decir esas palabras! ¡Y qué grandeza en la que las dice! grandeza que no solo la asocia al Verbo divino, sino que la hace partícipe de su mision redentora, y la dá sobre Jesús una autoridad casi natural que Ella comparte con su Dios.

Levantad, cristianos, levantad aquí el espíritu y doblad la admiracion. Si; María, como Madre de Dios, coopera, en cierto modo, á la redencion del género humano. Verdad es, que no tenemos más que un Redentor; el nombre de Jesús es el único por quien podemos ser salvados, y sin Él esta santa Virgen habría sido envuelta, como los demás hombres, en la masa de perdicion; pero, sin atentar á esta verdad, debemos considerar á María como á cooperadora de nuestra salvacion. Así pensaban S. Agustín, S. Bernardo y demás padres de la Iglesia. En efecto, ¿no es esta santísima Virgen la que dió á luz al Salvador del mundo? ¿No corrió por sus venas la sangre de Jesús, ántes de derramarse en el Calvario? ¿No le consagró Ella á Dios para la redencion de los hombres presentándole en el Templo? ¿No le ofreció al pié de la cruz como á víctima expiatoria para todo el género humano? Su resignacion, su firmeza y valor, ¿no fueron en aquellos tristes momentos superiores á su ternura? Aquella espada que, segun la profecía del santo anciano Simeon, debía atravesarla el corazon, ¿no la mató tantas veces como se abrian las llagas de su Hijo? El horror de su suplicio, la ignominia de la cruz y la muerte de Jesucristo, ¿no fueron para María el título generoso de su maternidad? Gloria tanto mayor, carísimos hermanos, cuanto que durante la vida de nuestro Redentor compartió Ella sus humillaciones, sus contratiempos, sus afrentas; y que al llegar á ser Madre suya adquirió una autoridad que, sin amenguar la omnipotencia de su Hijo, la conservaba el derecho de madre y la asociaba á la obra de la Redencion. ¡Cuán grato es recordar aquellas expresiones de su obediencia, que dieron nuevo

ser al Criador de todo lo que respira! Hágase en mí según tu palabra, responde al arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* ¡Qué fuerza en esas palabras! ¡Qué poder en la que las pronuncia! Parece que de su consentimiento depende la salvación del mundo, que el Altísimo aguarda su aprobación para obrar la mayor maravilla, y que los designios de la Sabiduría eterna están como suspensos hasta que esta santísima Virgen haya dado su sufragio. ¡Poder maravilloso de María! Tú tienes los mismos efectos que los del poder supremo; dices, y son hechas las cosas; quieres, y el autor de la naturaleza se conforma con tus votos; quieres, y tu voluntad determina los designios del Cielo, cambia el orden de la naturaleza, opera en la tierra una nueva creación, y hace de Ti un nuevo Cielo: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* María es, pues, elevada á la dignidad más augusta, y también recibe los honores más sublimes: segundo carácter de su grandeza.

Las dignidades á que ascienden los hombres acarrear el respeto á menudo forzoso de los que les son inferiores en fortuna; á lo ménos atraen, prescindiendo de los honores que los deberes y el decoro de la sociedad exigen; la pompa, el fausto y el esplendor que rodean y acompañan á los grandes del mundo, nos deslumbran los sentidos, nos subyugan los ánimos, nos cautivan los corazones; y, con frecuencia, hacen humear á sus piés un incienso que se les prodiga aun más por temor que por amor. Pero, si la virtud no justifica su grandeza, todos los cortesanos los desprecian, á pesar del aparente respeto con que los tratan, avergonzándose interiormente de los elogios que les tributan, puesto que su corazón desaprueba en secreto lo que la boca profiere en público, y para consolarse de la necesidad en que se ven de adularles, no piensan en lo que son, sino en lo que debieran ser. Tal es el vano aparato de las grandezas humanas. Poco merecidos sus honores, el tiempo borra en breve sus títulos y desvanece su memoria. Los honores de María, vinculados en la augusta cualidad de Madre de Dios, y sostenidos por la virtud más pura, no han experimentado ninguna de las vicisitudes del tiempo, y la revolución de los siglos no ha hecho más que acrecentar su gloria y justificar su mérito. Verdad es, que la oscuridad de la vida de su Hijo, las adversidades que éste sufrió, el desprecio que se hizo de su doctrina, las persecuciones de sus enemigos, la traición de sus discípulos, el oprobio de su pasión y la ignominia de su muerte, empañaron, en cierto modo, la gloria de su Madre hasta los tiempos en que, según los designios de Dios, debía el universo tributarla los

honores á su divina maternidad debidos; llena empero del espíritu del Hombre-Dios, debía María, mediante una vida oscura y desconocida de los hombres, secundar las miras de su Hijo, y aguardar los verdaderos honores de quien, por su elección, la había elevado sobre todas las criaturas. No hay duda de que la vida de la Santísima Virgen estuvo llena de inquietudes, miserias y humillaciones; María hubo de someter su inteligencia ante los misterios cuyos designios encubría una sabiduría oculta. Depositaria de la salvación del mundo, no bien abrigaba la grata esperanza de la grandeza futura de su Hijo, cuando la ambición de un príncipe cruel la obligaba á huir para salvar su precioso tesoro; y á las brillantes visiones inspiradas por promesas celestiales, seguía la amarga idea de los males que amagaban á su Hijo. Y siempre vivió así, ó con el temor de perderle, ó con el dolor de haberle perdido, ó con la impaciencia de reunirse con Él, único objeto de sus más tiernas afecciones. Tales eran las agitaciones de su alma. Pero ¡qué mudanza sobreviene! ¡qué de luces siguen á las tinieblas! ¡qué de dulzuras á las amarguras! ¡qué de honores á las humillaciones! ¡qué de gloria á las continuas apreturas que había sufrido la vida de esta santísima Madre! El respeto, el amor y la confianza que la manifiesta el mundo cristiano, la indemnizan, por decirlo así, del silencio que guarda la Sagrada Escritura sobre su gloria durante su vida mortal.

¡Qué consuelo, pues, para esta santísima Virgen, al dejar su terrenal despojo, ver del todo descubiertos los profundos misterios que por tanto tiempo la ocuparon sin satisfacerla, los impenetrables designios de un Dios, que quiso que su Hijo sufriese todas las humillaciones del estado más abyecto para llegar á la cumbre de la gloria más espléndida! ¡Oh! en aquella inefable morada Ella se congratula del sacrificio que hizo de su razón, cuando ve claramente todo lo que su Hijo la dejó ignorar en la tierra; y tiene la satisfacción pura, los transportes que le ocasionan la presencia del Hijo adorable que la precedió en el Cielo para abrirle el camino, para prepararle la entrada. ¡Qué júbilo para María encontrar al amado Hijo, que fué objeto de su ternura en todos los momentos de su vida, y estar eternamente unida con Aquel cuya separación la costó tantas lágrimas, suspirando de impaciencia por volver á verle! No, hermanos míos; nuestras expresiones é ideas son muy menguadas para describir aquel exceso de goces sublimes, y trazar la imagen de los honores que realzan su precio. Estos honores, diferidos por las miras de una sabiduría profunda, tienen por medida la magnificencia de un Dios,

y nada los supera, si se exceptúa la misma gloria de la divinidad. Colocada junto al trono de su Hijo, María, dice San Bernardo, comparte su poder en el Cielo como compartió sus padecimientos en la tierra, y los honores que la tributan las potestades celestiales no dejan entre Ella y su Hijo más que la distancia que media de la criatura más santa al autor de toda santidad. No temamos pues, hermanos míos, rebajar la gloria de Jesús ensalzando á su Madre; temamos ántes menoscabar la gloria del Hijo despreciando la de María. Nuestras alabanzas, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestrás oraciones y nuestro amor á la santísima Virgen son gratos á Dios, porque todas estas honras y homenajes se refieren á las mercedes de que la colmó, á los tesoros de mérito con que la enriqueció, al poder que la comunicó, á la salvacion y la vida que Ella nos dió con Jesús, redentor nuestro. Pero, para que nuestros homenajes sean aún más dignos de Ella, añadamos el ejercicio de las virtudes de que nos dió ejemplo, puesto que si María fué grande por las mercedes de que la colmó el Cielo, no lo fué ménos por las virtudes que practicó, nuevo motivo de su verdadera grandeza.

Cuanto mayor es la grandeza de una persona, tantos más deberes ha de cumplir. Las dignidades más eminentes no son en los designios de Dios sinó compromisos más penosos á los cuales nos sujeta su providencia. Cuando nos eleva, no es para recompensar nuestro mérito, ni para halagar nuestra vanidad, sinó para destinarnos á su voluntad, para hacernos servir al cumplimiento de sus designios; y los títulos más brillantes y distinguidos que nos confiere, no pueden hacernos grandes sinó por el mérito que á ellos nos conduce, y la fidelidad que en ellos nos sostiene. ¡Qué nuevos títulos de grandeza para María en las virtudes que la preparan para la gloria que la está destinada, y en la fidelidad que las corona! y al mismo tiempo, ¡qué enseñanza para nosotros, que ansiamos los honores, los solicitamos y creemos merecerlos! Destinada á ser Madre de Dios, María conoce más y más su insignificancia, su nada; y cuando ya es Madre de Dios, María no considera más que sus deberes.

Así es, que á la dignidad más augusta agrega la humildad más profunda, y al honor más grande corresponde con la fidelidad más constante. Ved ahí, carísimos hermanos, el modelo que Ella nos traza, los ejemplos que nos dá, y el camino que nos abre para llegar á la verdadera grandeza. Profunda humildad de María, acompañada de la dignidad más augusta. Si examino su vida, dice San Ambrosio, es un modelo para todos los estados, condiciones y sexos; en todos sus

actos descubre los sentimientos y acciones de su modestia y humildad. Concebida y nacida en la santidad, colmada de las bendiciones con que el Señor preparaba su tabernáculo, entró por su humildad, sin advertirlo, en todas las vías que habian de conducirla á la dignidad más sublime; sigue paso á paso al Señor, quien la llevaba como de la mano; y su docilidad á las impresiones de la gracia no la dejaba entrever la honra á que la destinaba: humilde de estado, de profesion y eleccion, oculta bajo el sacrificio de su virginidad la gloria de su predileccion. ¡Cómo se manifestó la humildad de María en aquel dichoso día que dió principio á su grandeza y anunció la alta maravilla de la Redencion del género humano! Recordemos el objeto de la mision del arcángel del Altísimo. María es elegida para ser la Madre de su Dios; distinguida de las demás mujeres de su nacion, el Cielo la ha reservado un privilegio, que desde hacia cuatro mil años estaban deseando vivamente todas las hijas de Judá. Su nombre será venerado en todo el universo, todas las naciones la llamarán bienaventurada, y la tributarán homenajes por el Redentor que Ella les dió. Sin embargo, por más lisonjera, por más risueña que sea la perspectiva de la gloria que la espera, la vemos humillarse al oír las promesas del arcángel, preferir el título de sierva del Señor al de Madre suya; en una palabra, no merecer que sea elevada sobre todas las criaturas sinó porque Ella es la más humilde.

Siempre igualmente humilde, María bendice, por una parte, la mano de Dios, que ensalza ó humilla segun los decretos de su justicia ó los designios de su misericordia; y por otra, procura ocultar á los hombres el esplendor de sus augustas prerogativas, al par que el motivo de sus profundas humillaciones. Atenta á no dar al mundo noticia de las maravillas que el Señor quiere obrar en Ella, nada se la escapa, ni una palabra, ni una accion que pueda indicar su gozo ó descubrir su humildad; ora, inspirando sospechas de infiel á un esposo poco enterado del misterio, devora en silencio toda la vergüenza de una sospecha tan humillante, y deja al Altísimo el cuidado de manifestar su inocencia; ora, unida á la suerte de su Hijo, comparte sus adversidades, sus humillaciones y sufrimientos, sin querer participar de la reputacion de su doctrina, de la gloria de sus milagros, de las alabanzas de su sabiduría, ni del triunfo de su resurreccion, que borra todo el oprobio de su muerte. Preséntase detrás de los apóstoles como una simple mujer, sin distincion, sin preeminencia, siempre tan recogida en sus sentimientos de humildad, como elevada por los brillantes títulos de que está investida; y siempre tan poco contristada

por sus desgracias, como ofuscada por los atributos de su gloria. ¡Qué contraste, carísimos hermanos, entre la conducta de esta Reina del Cielo y la de los esclavos del mundo! ¡Cuán propio es para sonrojarnos! La humildad es desconocida de unos, y otros la practican muy mal; las grandezas nos embriagan, las riquezas nos seducen, la estimacion del mundo nos halaga: hasta en el ejercicio de la virtud nos lisonjean las alabanzas; atendemos más á una vana reputacion que al cuidado de agradar á Dios; hacemos actos exteriores de humildad, cuyo mérito se empaña por una aprobacion interior; é incensamos á la Divinidad para llenarnos de olor, ó más bien, solo inmolamos víctimas al amor propio. María, por el contrario, refiere á Dios toda la esplendidez de los honores de que está colmada; más sensible á la gloria del Altísimo que á sus larguezas, publica en alta voz, que solo debe á su bajeza el precioso título de su maternidad divina; que la eleccion que el Señor ha hecho de Ella no tiene otro fundamento que la nada de su sierva: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*; que si son tan grandes las maravillas que en Ella ha obrado, á su omnipotencia se debe: *Fecit mihi magna qui potens est*. No habla de sus propias ventajas sinó para realzar la gloria de sus dones y el poder de su brazo: *Fecit potentiam in brachio suo*; y responde á tan eminentes prerogativas con la más puntual fidelidad.

Sigamos, hermanos míos, á María en el curso de su vida mortal, é instrúyanos su ejemplo. Veremos que desde la edad más tierna abre su corazón á las santas inspiraciones de la gracia: á la sombra del santuario, en aquella dichosa soledad, el esposo muy amado se complace en comunicar con la esposa querida: allí, toda absorta en Dios, aplicada á meditar su santa ley, solo tiene ojos para contemplar el Cielo, solo corazón para recibir las bendiciones del mismo, solo sentidos para someterlos á su voluntad. Allí, distinguida de todas las criaturas por sus privilegios, distínguese aún más por su fidelidad; allí ofrece á Dios su virginidad, virtud entonces despreciada y desconocida en su nacion; allí la consagra irrevocablemente. Su boca no se abre sinó para entonar cánticos de alabanza y acciones de gracias; sus manos solo se ocupan en adornar el Templo del Señor. Siempre atenta á prevenir con su sencillez é inocencia las nuevas mercedes de que es colmada, la gracia tiene siempre para Ella nuevos atractivos, y Ella tiene siempre para la gracia nuevos fervores; en una palabra, el primer instante de sus privilegios es el de su fidelidad.

¡Qué ejemplo para nosotros, carísimos hermanos, que somos en

verdad, ya en el bautismo, ya en la penitencia, regenerados en Jesucristo y justificados por la gracia, pero por una gracia, que no tiene la estabilidad de la de María, ni su integridad ni su penitencia; por una gracia, que, aunque omnipotente, se halla en un vaso de arcilla; que, aunque santificante, no siendo una gracia de inocencia está expuesta á mil peligros; y que, aunque copiosa, exige precauciones y esfuerzos para conservarla y recoger sus frutos. Sin embargo, á pesar de esa diferencia, ¿qué hacemos por ella? Nuestros primeros años pasan ¡ay! en la disipacion de los placeres ó en una ociosidad criminal; los atractivos del mundo nos cautivan casi en el momento de comenzar á conocerlo: una educacion poco cristiana, nos prepara mil ocasiones de pecado; el enemigo nos tiende lazos, y nosotros mismos buscamos pretextos para caer en ellos. Apenas hemos reconocido el precio de nuestra perdida inocencia, cuando nos quejamos de los menores esfuerzos que hemos de hacer para recuperarla. ¡Ah! hermanos míos, ¡cuán poco conforme se halla nuestra conducta con el ejemplo que María nos dá, con las virtudes cuya imitacion nos propone!

¿Qué mucho, pues, que la Iglesia, admirada del esplendor de tantas virtudes, no halle expresiones bastante enérgicas para celebrarlas? Si eleva á esta Virgen sobre todas las hijas de Sion; si exalta su santidad sobre la de los mayores patriarcas; ¿qué mucho que todos los padres de la Iglesia reconozcan en Ella una preeminencia de gloria que ni la herejía ha podido negar, que los ángeles adoran en el Cielo, y que es en la tierra el objeto de nuestro culto y veneracion? Continuemos, amados hermanos míos, instruyéndonos y edificándonos. Si con tales privilegios María no se cree segura sinó adelantando siempre en el camino de la perfeccion hasta el dichoso término de su carrera, nosotros, en quienes tanto imperio y tantas ocasiones de triunfo tiene la devocion, en quienes tantos enemigos y escollos tiene la gracia, y en quienes deja ésta tanta languidez y debilidad; nosotros, que con los auxilios más abundantes somos tan pecadores, porque siempre somos hombres; ¿qué hacemos para conservar esa gracia tan preciosa y tan necesaria á nuestra salvacion? ¡Ah! la consideramos como un freno que estorba nuestras inclinaciones, y procuramos sacudirlo como una carga pesada; despiértanse nuestras pasiones, y nada queremos hacer para ahogarlas; todo lo que nos rodea las favorece, y aún buscamos lo que puede excitarlas; corrompidos de origen, hacemos cuanto está en nuestra mano para serlo más; pecadores antes de nacer, acrecentamos nuestra corrupcion; hijos de

maldicion por naturaleza, aún lo somos más por voluntad: seguimos el torrente por inclinacion y eleccion, el menor atractivo del pecado nos seduce y la menor dificultad nos desalienta. No, carísimos hermanos, el hombre no conserva la gracia y la justicia cuando se expone voluntariamente á tantas ocasiones de perderla y renunciar á ella. Para conservar la gracia de humildad, sería menester evitar cuidadosamente el orgullo y sus preterciones, la vanidad y sus caprichos; para conservar la gracia de la pureza sería preciso renunciar á la sensualidad y á sus cebos, al placer y á sus seducciones; para conservar la gracia de la piedad, sería indispensable alejarse de los lugares peligrosos, de las disipaciones mundanas donde tantas veces naufraga la virtud; sería indispensable que el ambicioso sacrificase á su salvacion los intereses de su fortuna, el avaro á la caridad el fruto de sus injusticias, el voluptuoso á la pureza los restos de una vida culpable, el vengativo al Evangelio el orgullo de sus resentimientos; sería indispensable que el hombre sacrificase su razon á la fé, y á la religion sus deseos y gustos; en suma, sería indispensable una correspondencia generosa á la gracia, y en ella una fidelidad constante. Hé ahí nuestra norma, hermanos míos; hé ahí, con ménos peligros y ménos debilidad, el gran modelo que María nos ofrece en todas las acciones de su vida. Ya sé que en el ejemplo que María nos propone tenemos grandes privilegios que echar de ménos; pero si sentimos en nosotros las enojosas reliquias, las humillantes consecuencias del pecado de que esta Santísima Virgen se vió exenta, ¿cuántos remedios, cuántos recursos no tenemos contra sus funestas impresiones? ¿Las gracias de Jesucristo, toda su sangre, todo El, no basta para suplir la gracia de la primera inocencia? Nosotros no tenemos la justicia original, pero sí la gracia de la cruz, la gracia de la oracion, la gracia de los sacramentos; y si somos débiles, ¿no basta toda la fuerza del Altísimo para sostenernos? ¡Ah! hermanos míos, no hemos de quejarnos de nuestra debilidad, sinó de nuestra indiferencia; no nos faltan auxilios, sinó voluntad; no nos ataca el enemigo con fuerzas superiores, ántes bien despreciamos las invencibles armas que Dios nos pone cada día en las manos.

¡Virgen Santísima! acabamos de ensalzar tus augustas prerogativas. Así las mercedes de que te colmó el Cielo nos den á conocer el precio de las que hemos recibido. Nosotros te invocamos como á protectora y modelo nuestro; pero, para seguir la senda que nos has trazado, necesitamos las celestes bendiciones de tu Hijo. Háznosle propicio á nuestros deseos y al culto que se te ofrece especialmente en

este día. No te olvides que somos hijos tuyos; inspíranos el deseo de imitar tus virtudes en este valle de lágrimas, y sostén nuestros esfuerzos, para que un día merezcamos participar de tu gloria y de tu corona en el Cielo. Así sea.

FIN.